

REFORMA, POLITICA Y BUROCRACIA



URAS el resultado de las elecciones nuestro país se dispone a iniciar una nueva singladura que todos deseamos fecunda y próspera, y la cual exige, a todas luces, una sobredosis de esfuerzo común. Las nuevas Cortes sellarán la formación de un nuevo Gobierno y, con él, la pesada máquina político-administrativa se pondrá en acción con hombres distintos e ideas renovadoras.

● Ocurre, no obstante, que el país sigue su marcha sin detenerse, y no puede privársele de un aparato estatal que también funcione, al margen de celebraciones políticas, de euforias o de tristezas. Nos referimos, muy concretamente, al problema de la Administración, en plena ebullición de cambio después de los escrutinios. Siempre ha tenido el país la inveterada costumbre de espantar cualquier atisbo de racionalidad administrativa —cuando se estaba en ello— porque cambiaba el ministro de turno, o un subsecretario, y «el nuevo» equipo experimentaba entre novedades, compromisos y lealtades.

● Nuestra España democrática va a necesitar, y muy a la cabeza, una organización auténticamente profesional en la coordinación de las tareas de gobierno, esas tareas que no se circunscriben al lucimiento ante la galería, sino que se forjan en la difícil ecuación trabajo-profesionalidad. Se ha dicho que la llegada del Parlamento bicameral debe traer una clarifica-

ción de funciones; es decir, que los políticos hagan su política en el hemicycle, y la Administración quede en manos de profesionales habituales, o sea de los funcionarios de carrera. Quizá sea verdad. De todos modos, lo cierto es que la nación no saldrá de sus problemas con simples apelaciones. Hay que ponerse a trabajar, y para ello es menester hacerlo organizadamente y sin perder energías. La máquina oficialista es necesaria. La burocracia que pretenda escapar de la claridad y la veracidad hace temblar.

● Estos suelen ser días abonados a un cierto descontrol de misiones. Quienes saben que dejan sus puestos directivos se preocupan más del dónde irán a parar que de solucionar los problemas nuestros de cada día. Ingrata sensación, pues, la que se causa a los ciudadanos, que se enfrentan a conflictos cotidianos, al margen de que estén en el Poder unos u otros. El «impasse» que ha comenzado debe regularse por los propios interesados, en nuestra opinión, merced a un llamamiento a la ética de la responsabilidad. La mejor manera de trasladarse el relevo es aguantando cada palo su vela, sin regalar herencias penosas ni —extremo contrario— poner parches de urgencia sobre lo que requiera reflexión. El cambio dura pocos días. Pero suficientes, de todos modos, para dejar semiparalizada la vida de nuestra Administración pública, salvo que el buen hacer se imponga sobre la pasión y el abandonismo.

● Con la reforma ha llegado la hora de que los políticos estén en las Cámaras, y la burocracia, encargándose de sus específicas funciones, sin que las crisis sean una rebatiña de direcciones generales, de subdirecciones, de jefaturas de sección o de delegados provinciales. Así funcionará España, cumpliendo cada cual las funciones que le corresponden y por las cuales ha optado. Política y burocracia deben vivir juntas, pero en esferas separadas. El reinado de los interinos o «nombrados a dedo» ha de darse por concluido cuanto antes.

